

## Letteratura e cultura spagnola III – Testi #6

### Benito Pérez Galdós – *Fortunata y Jacinta* (1887)

[ed. digital de la Biblioteca Virtual Cervantes]

Habiendo apreciado este espectáculo poco grato, el olor de corral que allí había, y el ruido de alas, picotazos y cacareo de tanta víctima, Juanito la emprendió con los famosos peldaños de granito, negros ya y gastados. Efectivamente, parecía la subida a un castillo o prisión de Estado. El paramento era de fábrica<sup>1</sup> cubierta de yeso y este de rayas e inscripciones soeces o tontas. Por la parte más próxima a la calle, fuertes rejas de hierro completaban el aspecto feudal del edificio. Al pasar junto a la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, Juanito la vio abierta y, lo que es natural, miró hacia dentro, pues todos los accidentes de aquel recinto despertaban en sumo grado su curiosidad. Pensó no ver nada y vio algo que de pronto le impresionó, una mujer bonita, joven, alta... Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante a la de Santa Cruz, deseando saber quién demonios subía a tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón<sup>2</sup> sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueado de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja<sup>3</sup> su plumaje y se ahueca<sup>4</sup> para volver luego a su volumen natural.

Juanito no pecaba de corto<sup>5</sup>, y al ver a la chica y observar lo linda que era y lo bien calzada<sup>6</sup> que estaba, diéronle ganas de tomarse confianzas con ella.

—¿Vive aquí —le preguntó— el Sr. de Estupiñá?

—¿D. Plácido?... en lo más último de arriba —contestó la joven, dando algunos pasos hacia fuera.

Y Juanito pensó: «Tú sales para que te vea el pie. Buena bota»... Pensando esto, advirtió que la muchacha sacaba del mantón una mano con mitón<sup>7</sup> encarnado y que se la llevaba a la boca. La confianza se desbordaba del pecho del joven Santa Cruz, y no pudo menos de decir:

—¿Qué come usted, criatura?

—¿No lo ve usted? —replicó mostrándoselo- Un huevo.

—¡Un huevo crudo!

---

<sup>1</sup> de fábrica: «di mattoni».

<sup>2</sup> mantón: «scialle».

<sup>3</sup> esponja: «gonfia».

<sup>4</sup> se ahueca: «si ingrossa».

<sup>5</sup> no pecaba de corto: «non mancava d'intraprendenza».

<sup>6</sup> lo bien calzada que estaba: qui vale «agghindata», ma «dicho de un ave: que tiene los tarsos cubiertos de plumas hasta el nacimiento de los dedos» (cf. *DRAE*, s.v.).

<sup>7</sup> mitón: «mitena» (guanto che copre dai polsi e fino a metà delle dita, lasciandole scoperte).

Con mucho donaire, la muchacha se llevó a la boca por segunda vez el huevo roto y se atizó otro sorbo.

—No sé cómo puede usted comer esas babas crudas —dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

—Mejor que guisadas. ¿Quiere usted? —replicó ella ofreciendo al Delfín lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta; pero no; le repugnaban los huevos crudos.

— No, gracias.

Ella entonces se lo acabó de sorber, y arrojó el cascarón, que fue a estrellarse contra la pared del tramo inferior. Estaba limpiándose los dedos con el pañuelo, y Juanito discurriendo por dónde pegaría la hebra, cuando sonó abajo una voz terrible que dijo: *¡Fortunaaaá!* Entonces la chica se inclinó en el pasamanos y soltó un *yia voy* con chillido tan penetrante que Juanito creyó se le desgarraba el tímpano. El *yia* principalmente sonó como la vibración agudísima de una hoja de acero al deslizarse sobre otra. Y al soltar aquel sonido, digno canto de tal ave, la moza se arrojó con tanta presteza por las escaleras abajo, que parecía rodar por ellas. Juanito la vio desaparecer, oía el ruido de su ropa azotando los peldaños de piedra y creyó que se mataba. Todo quedó al fin en silencio, y de nuevo emprendió el joven su ascensión penosa. En la escalera no volvió a encontrar a nadie, ni una mosca siquiera, ni oyó más ruido que el de sus propios pasos.